

Iglesia en Marcha

Año XIII , N° 113 Número Extraordinario-2 / 2003
Arzobispado de Santiago de Cuba



Bicentenario
Arquidiócesis de
Santiago de Cuba

Sumario EDICIÓN ESPECIAL

3. La Voz del Pastor

Homilía Celebración Bicentenario de la
Arquidiócesis de Santiago de Cuba

8. Mensaje del Cardenal Angelo Sodano

9. Momentos... Día 20 de Diciembre

10. Tres Reflexiones en torno a la vida de la Iglesia Arquidiocesana

10. Algo de Historia...

13. El Espíritu nos anima

21. Hacer Pastoral Doscientos
Años Después

12. Momentos... Día 21 de Diciembre

24. Momentos... Día 22 de Diciembre

25. Bicentenario de la Arquidiócesis Breve Episcopologio (VII)

29. Entrevista

El Arte y la Historia

Iglesia en Marcha ha querido dedicar todo su espacio a este momento tan especial en la vida de toda nuestra Iglesia y así sumarse al júbilo de toda la Arquidiócesis de Santiago de Cuba en este su Segundo Centenario.

Más allá de todas las palabras escritas o dichas, más allá de las imágenes que trataron de atrapar un momento u otro de nuestra celebración, quiere ser este número testimonio de una **Iglesia VIVA**, de una Iglesia que no detiene su Marcha hacia Dios, Señor de la historia pero sobretodo AMOR.

Que cada hermana y hermano encuentre en estas páginas un motivo más para sentirse digno hijo de este pueblo de Dios ya ahora bicentenario; para sentirse parte de una historia que comenzamos cuando en estas tierras se proclamó por vez primera la Palabra de Dios; para sentir que con su obrar misionero y pastoral de hoy, por sencillo que sea, está haciendo historia del pueblo de Dios; para sentir en lo más íntimo y profundo de su ser alegría y deseo de alabanza a Aquel que con su vida nos sostiene.



Iglesia en Marcha Bimestral de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, miembro de la UCLAP-Cuba. **Dirección**

y Redacción: Mons. Pedro Meurice, P. Rafael Ángel López-Silvero, María C. López, María A. Navarrete, María C. Campistrous, Mercedes Ferrera.

Colaboraciones: Antonio López de Queralta, Hno. Osvaldo Morales fsc, Hno. Luis Franco A. fsc, P. José Conrado Rodríguez A.

Suscripciones: Víctor A. Padrón Rodés, Arzobispado.

Diseño-Maquetación-Impresión: Medios de Comunicación Santiago. **Fotografía:** Pedro P. Amador.

Los trabajos presentados en el Boletín no reflejan necesariamente el criterio del Consejo de Redacción.

Homilía de Mons. Pedro Meurice Estiú en la Celebración del Bicentenario

S.B.I. Catedral de Santiago de Cuba, 23 de noviembre del 2003



En este domingo solemnidad de Cristo Rey, celebramos el Segundo Centenario de la erección de la Arquidiócesis, Arzobispado de Santiago de Cuba. Y tengo tantas cosas que decirles que la ver-

dad no sé por dónde empezar, ni cómo seguir, ni dónde terminar. No voy a dar ninguna cifra, ningún año, ninguna fecha, no les voy a hablar de ningún personaje de los que han intervenido en estos doscientos años, ni siquiera hacer mención porque todos son dignos de mención, ni voy a describir ningún acontecimiento del pasado. Pero trataré de hablar de historia y de la historia de estos doscientos años, y enseguida ustedes se darán cuenta que para hablar de historia y de historia de verdad, de historia de la Iglesia, no hacen falta las fechas, los acontecimientos y los nombres. Eso es algo que hay que hacer pero no es lo más importante.

Yo quisiera, intentar nada más, tratar de exponerles a ustedes, para ayudarnos a todos a situarnos en una disposición de alabanza y de acción de gracias a Dios por estos doscientos años y también de petición de perdón a Dios en su infinita misericordia por estos doscientos años, porque es nuestra historia. No estoy hablando de la historia del pasado, sino de lo que somos nosotros, un pueblo, un único pue-

blo que tiene pasado, que tiene presente y que tiene futuro. Nuestra historia es también historia en el más estricto sentido académico aunque tiene sus peculiaridades. No se puede hablar de la historia de un pueblo si no se conoce lo que va por dentro lo que pensaban, los proyectos que tenían a la hora de darle estructura a la sociedad en que vivieron y en que se vive.

No se puede hacer historia sin una cierta interpretación de la historia. Cuando el historiador académico escoge hechos, deja otros, sitúa en un cierto orden los hechos, quiera que no, no se puede mantener en una asepsia, quiera que no está haciendo historia. Así como no se puede entender la historia de un estado sin entender la filosofía que de alguna manera iba por dentro animando, iluminando o confundiendo el pensamiento de las personas que hicieron esa historia; de la misma manera no se puede hacer historia de la Iglesia sin tener al menos una noción de la naturaleza misma de la Iglesia de Jesús, no se puede hacer historia de la Iglesia sin de alguna manera tener un conocimiento elemental de teología de la Iglesia. El dato fundamental es la fe, la fe que hemos recibido como don de Dios y con la que respondemos a la palabra de Dios, al evangelio de salvación y cuando lo acogemos en nuestro corazón por la fe, con la esperanza y se convierte en el amor y empezamos a comprometernos en la vida de cada día donde quiera que estemos, entonces empezamos a hacer historia de la Iglesia.

La historia es racional, es científica, procede con criterios e instrumentos estrictamente científicos. Si no, no se puede hacer historia. La fe es racional pero no es científica, es gracia, es don de Dios, que no se puede medir, no se puede cuantificar y en ese sentido escapa a la historia académica, a la historia científica que se hace de todas las cosas. Parece un poco contradictorio pero es así. Tenemos que tener en cuenta cuando hablamos de estos doscientos años que lo que está en el fondo y lo que anima al pueblo de Dios en estos doscientos años es la fe, si no nada de lo que ha acontecido en estos doscientos años tiene sentido. En vano trataríamos hoy o después durante todo el tiempo que se quiera tratar de explicar las cosas si prescindimos de la fe. En el núcleo mismo de nuestra historia como pueblo de Dios está la fe, la esperanza y el amor. No se puede hablar de estos doscientos años de historia sin tener muy, muy presente la fe la esperanza y el amor.

La Iglesia fundada por el Hijo de Dios, Cristo Jesús. Dios que envió su Hijo al mundo para salvarlo por medio de la Iglesia. Ya en el Antiguo Testamento se utilizaban varias imágenes para referirse al pueblo de Dios, en el Nuevo Testamento también. Podríamos recoger algunas de las que enumera el Concilio Vaticano II en la constitución dogmática Luz de las Gentes (LG) que cuando habla de la Iglesia la llama por ejemplo *sementera de Dios*, es decir campo arado donde Dios siembra. A los que tienen alguna experiencia de vida de campo pueda ser que esta expresión les diga mucho, a los refinados que viven en las ciudades no sé que les pueda despertar. Otras expresiones son *cuervo místico de Cristo*, *arca de salvación*, se imagina uno un mar una vez sereno y otras agitado y allí una navicilla que es la Iglesia, unas veces movida o revolcada por las olas o las tempestades y las otras navegando a vela hinchada en plena serenidad. Es una imagen que

evoca muchas cosas y a los santiagueros que viven junto al mar esa imagen le diga mucho más que *sementera de Dios*.

Otra imagen que utiliza es *pueblo de Dios*, esta expresión inmediatamente nos dice que un pueblo no es como un puñado de arena en que ningún grano tiene conciencia que está con los demás y que junto a los demás forma algo. El pueblo, tiene conciencia de que está con los demás y que junto a los demás hace una unidad y de que entre todos se reparten las tareas para poder vivir y progresar. La Iglesia *pueblo de Dios* significa que la revelación que Dios nos ha manifestado en su Hijo Jesucristo no es como una iluminación que ha llegado a espíritus puros, individualmente considerados, no. *Pueblo de Dios* quiere decir, que Dios Padre ha enviado a su Hijo a llamar, a fundar el nuevo pueblo de Dios con seres humanos que somos carne, que somos sentidos y tenemos conciencia los unos con los otros.

Eso somos nosotros un pueblo, el *pueblo de Dios*, en los que hay unos que tienen la misión de enseñar, de gobernar, de santificar, de administrar; y todos juntos somos el único *pueblo de Dios*, unidos por y en el Espíritu Santo a Dios Padre y a su Hijo. Por el bautismo todos somos constituidos sacerdotes, partícipes del sacerdocio del único sacerdote Jesucristo, de manera distinta a como son los sacerdotes ministros, o de los obispos, pero somos todos un pueblo sacerdotal que tenemos el derecho y la posibilidad de ofrecer nosotros mismos con el sacerdote la única víctima que es Cristo Jesús.

Quería llegar a este punto de *pueblo de Dios* con su jerarquía de papas, cardenales, arzobispos, obispos, sacerdotes, diáconos, todo el pueblo de Dios del que todos formamos parte. Pero la historia del *pueblo de Dios* no es la historia de los papas solos, no es la historia de los cardenales solos, no es la historia de los arzobispos y obispos solos, ni es la historia de los sa-

cerdotes o de las religiosas y religiosos solos; ellos han tenido una parte importante en la historia del pueblo de Dios pero ellos solos no hacen la historia.

La parte más importante de la historia del *pueblo de Dios*, y no sólo numéricamente, es lo que llamamos el laicado, los fieles; aunque es cierto cuando uno coge un libro de historia de la Iglesia y parece que la Iglesia es y nada más que es papas, cardenales, arzobispos, obispos, sacerdotes... rara vez aparece el nombre de un laico, de un miembro del pueblo fiel. Pero los historiadores también tienen derecho a convertirse, a adquirir experiencia a iluminarse, a conocer cada vez mejor la realidad; y la historia de nuestros tiempos va descubriendo cada vez más eso que durante siglos ha dejado a un lado, hoy no hay libro de historia que no trate de describir al menos en unas páginas cómo es la vida del pueblo en esas circunstancias y acontecimientos que describe, porque para poder situar cualquier hecho de esos más relevantes que son los que se recogen en la historia, si no se conoce en qué situación vivía el pueblo, en medio de qué vivió ese Papa, ese Arzobispo o ese Obispo, no se puede saber bien por qué hizo lo que hizo, por qué tiene importancia ese hecho o acontecimiento.

Cuando miramos nuestra historia de estos doscientos años, es bueno que conozcamos las fechas, los nombres de los obispos y arzobispos, de los años en que fueron obispos y arzobispos de Santiago de Cuba, los hechos de los sacerdotes más connotados en la historia nuestra, pero lo que en el fondo de verdad no podemos prescindir es el *pueblo de Dios*, esa otra parte, contrastándola no separándola. Cómo recibió la palabra de Dios, cómo reaccionó el pueblo en estos doscientos años a la predicación de la palabra de Dios, qué hizo con la palabra de Dios, qué supuso en la vida de todos juntos y de cada uno la palabra de Dios, y eso marca el espacio y el tiempo. La historia recoge los casos de algunos laicos connotados a los que se ha dado en llamar algunas veces los "obispos de afuera", y olvida a miles de laicos que en el mundo de la cultura, de la ciencia, del arte movidos por la fe y por el amor, han dejado una huella, una marca, un trazo fuerte en la



Procesión de entrada Misa Bicentenario



Lectura del Evangelio



historia del *pueblo de Dios*. Sin contar tantas y tantas iniciativas que han partido del *pueblo de Dios*, de la base y han sido acogidas por los que tienen la responsabilidad de dirigir la Iglesia y eso es **historia del pueblo de Dios**. Yo podría desde mi experiencia personal nombrar aquí nombres de laicos que he conocido y que han hecho historia: mis catequistas, los que me enseñaron a descubrir al Señor y me enseñaron a rezar, mi propia madre, laicos que han hecho historia del *pueblo de Dios*. Cuando una persona es poseída de verdad por la fe, por la esperanza, por el amor, es capaz de mover al mundo.

Pensemos en nosotros mismos, no busquemos a los que se han distinguido y los podemos de alguna manera entresacar. Pensemos en el testimonio, en la vida de compromiso en la fe, de fidelidad a la iglesia de estos doscientos años. Pensemos en los frutos que han dado en nosotros el *pueblo de Dios* los sacramentos que día tras día, año tras año constantemente hasta doscientos años, cada día han distribuido a los sacerdotes, cómo el pueblo los ha acogido y qué derrotero ha tenido en su vida. Si les ha servido para el mal, para pervertirse, o si al revés les ha servido para el bien, para enmendarse, para la fidelidad de cada día, para compartir con el enfermo, con el que no tiene con el que sufre, con el pobre, con el desgraciado. Ésa es la historia del *pueblo de Dios*. Cuando ésa se une a la otra, a la que tiene los nombres singulares, entonces es cuando podemos mirar en conjunto para alabar al Señor.

La Iglesia es Santa, porque es el cuerpo de Cristo y está unida a Cristo. La Iglesia sin mancha ni arruga, pero la Iglesia pecadora, porque está compuesta desde el Papa hasta el último de nosotros por seres humanos que nacimos en pecado original: débiles, frágiles y pecadores y el que no tenga pecado que tire la primera piedra. Y eso también forma parte de la historia de la Iglesia. Hay veces que se han cometido errores

de los que nadie es responsable, que no son errores de muchos sino de todos, que han tenido gran trascendencia en la historia y en la vida de la Iglesia y también en la historia de la humanidad. Errores cometidos, consentidos por nosotros los cristianos bautizados. Nunca debemos tenerle miedo a la verdad histórica y cuando habla de los errores y de los pecados que hemos cometido tenemos que decir es verdad. Una de las situaciones más difíciles que se le ha presentado a la Iglesia en su historia fue la división de las así llamadas iglesias protestantes en el siglo XVI; y cuando el Papa envió a su legado a inaugurar el Concilio de Trento le dijo: *ve allí y di claramente delante de todo el mundo que nosotros conocemos y sabemos perfectamente bien los errores y las barbaridades que nosotros mismos aquí en nuestra propia sede de Romas hemos cometido y díles que conscientes de eso tratamos no sólo de arrepentirnos sino de enmendar esos pecados*. Unos años después al concluir este mismo Concilio, el cardenal de Lorena dijo llorando al mirar lo que estaba pasando con la división de la Iglesia: *¿de dónde ha salido todo este mal?, ha salido de nosotros mismos, comience el juicio por la casa de Dios y Dios sea misericordioso con nosotros*.

No hay que tenerle miedo a la historia cuando nos hecha en cara las verdades de la historia; a lo que hay que tenerle miedo es cuando nos diga que hay una Iglesia que nunca cometió un pecado, que hay un cristiano que nunca cometió un pecado, que son ángeles. Desconfiemos de ese historiador porque no dice la verdad.

Esta historia nuestra ha sucedido aquí en nuestra tierra y justamente. Hoy estamos conmemorando los doscientos años de nuestra Arquidiócesis que comprendía hasta los territorios de la actual provincia de Ciego de Ávila, con alrededor de 125 mil habitantes, 50 00 km² y 19 parroquias que pronto se duplicaron por la preocupación de los que tienen por ministerio servir al *pueblo de Dios*, y para servirlo hay que estar cerca del *pueblo de Dios*. Y para 125 mil habitantes, tenían 125 sacerdotes. Las cifras de hoy ustedes las saben, ustedes saben

lo difícil que es tener sacerdotes para atender a todo el pueblo de Dios, lo reducidísimo que es el número de sacerdotes hoy en una isla con más de 10 millones de habitantes y donde apenas llegamos a 350 sacerdotes. Estamos hablando y celebrando nuestra historia como *pueblo de Dios* de estos doscientos años. La nuestra, a la que estamos vinculados nosotros, porque somos la parte que está ahora viva de ese *pueblo de Dios* de hace doscientos años.

Nuestra acción de gracias no puede entenderse sin la fe, sin la esperanza, sin el amor de Cristo en nuestros corazones. No es acción de gracias por la historia de una parte del *pueblo de Dios*, no de la jerarquía que guía el pueblo de Dios, sino del pueblo de Dios en la que no tenemos que tenerle nunca miedo a la verdad, de escuchar a la verdad, porque la historia es maestra de la vida.

Para terminar una frase que ustedes han visto en Iglesia en Marcha en latín, el historiador *ne quit falsi dicere audeat* no se atreva nunca a decir lo falso o a escribir la mentira, *ne quit veri non audeat*, atrevase a decir la verdad siempre, porque hay veces que hace falta mucho valor para decir la verdad. Esa fue la definición que el papa León XIII dio, recogiénola de Cicerón, del historiador cristiano: nunca la mentira, tenga siempre el coraje de decir la verdad.

En estos meses que se acercan haremos un esfuerzo por tratar de actualizar y de dar a conocer más de nuestra historia en este año del segundo centenario, tratando que el don y la gracia de Cristo realmente llegue hasta todos. Termino con la primera estrofa del himno de las primeras vísperas de hoy Fiesta de Cristo Rey, porque contiene en esos primeros cuatro versos todo lo que yo les he dicho:

Oh Cristo, Señor de los siglos.
Oh Jesucristo Rey de las Naciones,
te confesamos como Árbitro Supremo
de nuestras mentes y nuestros corazones.

Y les invito a confirmar nuestra profesión de fe en la Iglesia en unión con la Iglesia en el mundo entero y con la Iglesia en el tiempo, y de manera especial con nuestros predecesores en la fe de esta Iglesia de Oriente. Después de renovar la fe, vamos a recogernos para ofrecernos nosotros mismos con las ofrendas, que serán para nosotros el Cuerpo y la Sangre del Señor.



Momento de la Consagración



Coro Interparroquial



Procesión de Salida



Vaticano, 23 de noviembre de 2003

Secretaría de Estado

Mons. Pedro Claro Meurice Estú
Arzobispo de Santiago de Cuba

Con ocasión del bicentenario de erección canónica de la sede de Santiago de Cuba a Arquidiócesis, Su Santidad Juan Pablo II saluda cordialmente al Señor Arzobispo, Clero, Comunidades religiosas y pueblo fiel, uniéndose espiritualmente a la acción de gracias al Todopoderoso por los abundantes frutos de vida cristiana alcanzados en esos años.

Al mismo tiempo, el Papa alienta a cada parroquia a favorecer, mediante la formación cívica y religiosa, la educación integral de cuantos se acercan a la Iglesia con ansias de crecer en humanidad, contando para ello con la colaboración generosa de los misioneros, catequistas y laicos comprometidos y fomentando la promoción humana y la asistencia social de los más necesitados. Además, podrá ser de gran ayuda preparar a los laicos con el estudio y aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia para iluminar serenamente todos los ambientes de la sociedad cubana a través de un diálogo pacífico y la convivencia fraterna, donde predominen la libertad, la justicia, la verdad y el amor.

En este gozoso día, el Santo Padre encomienda al Pueblo de Dios que peregrina en Santiago de Cuba bajo la protección de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, invitando a todos a ser siempre testigos de unidad y fidelidad al Mensaje de Cristo. Con estos deseos y como signo de abundantes dones divinos sobre esa querida Comunidad eclesial, imparte a los participantes en tan solemne celebración jubilar la implorada Bendición Apostólica.

Cardenal Angelo Sodano
Secretario de Estado de Su Santidad

Momentos...

Día 20, inauguración de la Expo Glorioso Bicentenario



El Museo Arquidiocesano preparó con motivo del Bicentenario la Exposición "**Glorioso Bicentenario**", quedando inaugurada por Mons. Pedro Meurice E. en este día y estará abierta hasta el día 20 de enero del 2004. Con ella el Museo se unió a toda la celebración a través del arte religioso dando a conocer por medio de exponentes históricos y artísticos patrimonio de la Arquidiócesis Primada de Cuba, algo de la valiosa y rica historia de nuestra Iglesia Arquidiocesana.



Entre los numerosos exponentes con que cuenta la exposición se destacan por su antigüedad, arte e historia: Ecce Homo, (óleo sobre madera, catalogada como la más antigua de Cuba dentro del arte Religioso); urna para el Monumento del Jueves Santo (plata repujada, regalo del obispo Mons. Morell de Santa Cruz a la Catedral, considerada la mejor obra de orfebrería de Cuba); cuadro de la sierva de Dios María Antonia Paris (fundadora de las Misioneras Claretianas); la sede Arzobispal de San Antonio María Claret (usada por S.S. Juan Pablo II en la misa del 24 de enero de 1998 en la Plaza Antonio Maceo); y documentos y objetos pertenecientes a todos los Arzobispos de Santiago de Cu-





Por: *Hno. Osvaldo J. Morales fsc*
Lic. Antonio López de Queraltá

Algo de Historia de la Arquidiócesis Primada de Cuba

Nuestra Arquidiócesis Primada de Santiago de Cuba, celebra el 24 de noviembre de este año 2003, los 200 años de su elevación al rango de Arquidiócesis, y todos nosotros, nos estamos preparando para celebrar ese acontecimiento.

Para que podamos entender mejor todo este asunto, quisiéramos explicar brevemente algunos términos:

Para su organización y gobierno pastoral, la Iglesia divide el territorio del mundo entero en Provincias Eclesiásticas. Cada Provincia Eclesiástica consta a su vez de varias diócesis, cada una con un Obispo al frente. Pero la diócesis principal de una Provincia es la llamada Arquidiócesis metropolitana, y su Obispo tiene la categoría de Arzobispo. Se puede decir también Obispado, donde hay un Obispo; y Arzobispado, donde hay un Arzobispo, que es el Metropolitano de esa Provincia Eclesiástica. Las diócesis de una Provincia son sufragáneas o dependientes de su Arquidiócesis respectiva.

De modo que, resumiendo, en cada Provincia Eclesiástica hay un Arzobispado o Arquidiócesis, y uno o varios Obispados o Diócesis sufragáneas. El Arzobispo no puede intervenir en las decisiones ordinarias de sus Obispos sufragáneas, sino en casos extraordinarios autorizados por la Santa Sede. Es más una cuestión de dignidad, categoría o precedencia.

La primera Arquidiócesis de un país o región, recibe el título de Arquidiócesis Primada. Es una mera distinción o rango de precedencia histórica.

Ya con esta explicación preliminar podemos pasar a la historia de nuestra Arquidiócesis Primada de Santiago de Cuba.

La isla de Cuba tuvo al principio un solo Obispado, que comenzó en Baracoa en 1520 y fue trasladado a Santiago de Cuba en 1522. En 1787 se creó el Obispado de San Cristóbal de la Habana. Ambos Obispados eran sufragáneas del Arzobispado de Santo Domingo.

Pero el 22 de julio de 1795 se firmó en Basilea, Suiza, el Tratado entre Francia y España, por el cual se puso fin a la llamada Guerra de la República. Francia devolvía las plazas conquistadas en las Vascongadas, Navarra y Cataluña, y España cedía a la República francesa la parte que le pertenecía en la isla de Santo Domingo.

Después de la cesión de la isla de Santo Domingo, aquellas Iglesias Episcopales que antes estaban asignadas como sufragáneas de la Iglesia Metropolitana de Santo Domingo (Cuba, San Cristóbal de la Habana y Puerto Rico) no tenían ya Metropolitano dentro del dominio español. Por esta razón, se determinó elevar a la condición de Metropolitana (Arzobispado) a

la Diócesis de Cuba (Santiago de Cuba), asignándole como sufragáneas las otras dos ya mencionadas: San Cristóbal de La Habana y Puerto Rico.

Todo esto fue otorgado por Bula del 24 de noviembre de 1803, en la cual se promovía también al hasta entonces obispo de Cuba, Mons. Joaquín de Osés Alzúa y Cooparacio, a la condición de Primer Arzobispo de Cuba. Por Bula posterior del 28 de noviembre de 1816, el Obispado de Puerto Rico volvió a ser sufragáneo del Arzobispado de Santo Domingo, y se le devolvió a dicho Arzobispado su condición de Primado de Indias. Quedó entonces como único sufragáneo de Santiago de Cuba, el obispado de San Cristóbal de La Habana.

Después de la instauración de la República, se crearon primero los Obispos de Cienfuegos y Pinar del Río, en 1903 y más tarde Matanzas y Camagüey, en 1912, todos sufragáneos del Arzobispado de Santiago de Cuba. En 1925 se elevó el Obispado de La Habana a la condición de Arzobispado, dándosele como sufragáneas las diócesis de Pinar del Río y Matanzas, y

quedando además las demás en la provincia eclesiástica de Santiago de Cuba. Se crearon mucho después la diócesis de Holguín (1979), Santa Clara (1995), Bayamo-Manzanillo (1995), Ciego de Ávila (1996) y Guantánamo-Baracoa (1998). Finalmente, la diócesis de Camagüey se convirtió en Arquidiócesis el 6 de marzo de 1999.

De modo que el cuadro actual es el siguiente:

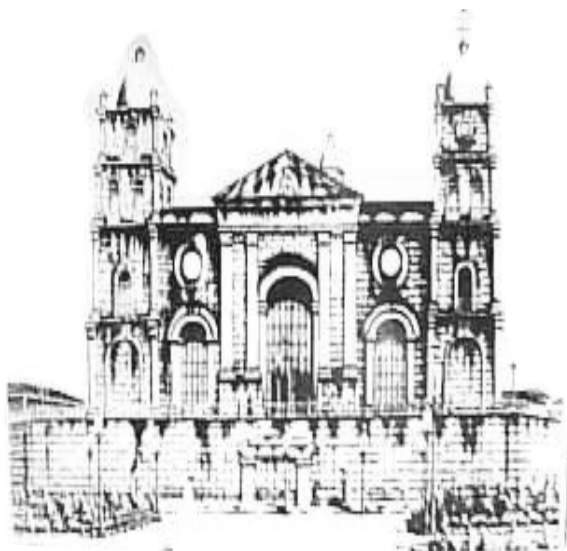
Arzobispado Primado: Santiago de Cuba
Sufragáneos: Obispos de Holguín, Bayamo-Manzanillo y Guantánamo-Baracoa.

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana.
Sufragáneos: Obispos de Pinar del Río y Matanzas.

Arzobispado de Camagüey. Sufragáneos: Obispos de Cienfuegos, Santa Clara y Ciego de Ávila.

Así, esta Arquidiócesis Primada es la Iglesia Madre de todas las demás Arquidiócesis y Diócesis del país. Este bicentenario de la fundación de nuestra Arquidiócesis debe llevarnos a dar gracias a Dios por su fecundidad espiritual, ya que el crecimiento pastoral y eclesial de todo el país, ha permitido ir desmembrando los distintos territorios para la formación de las nuevas diócesis o arquidiócesis.

Agradecemos también al Señor por el numeroso grupo de eminentes y santos pastores, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos que durante casi 500 años se han entregado y se entregan a Cristo y a la Iglesia para servir a Dios y a Cuba, poniendo sus vidas, su inteligencia y todas sus energías para la difusión del Reino de Dios en nuestra Patria. No olvidemos que entre ellos descuella por su santidad la figura de San Antonio María Claret, arzobispo santiaguero desde 1851 a 1857.



Momentos...

Día 21, Concierto Santa Cecilia

Este día la S.B.I.M. Catedral de Santiago de Cuba se llenó de acordes y bella música, en el ya esperado Concierto que por la fiesta de Santa Cecilia organiza la Comisión Diocesana para la Cultura, y que este año se sumó a la celebración por el Bicentenario de la Arquidiócesis.

Músicos noveles, se unieron al arte y la maestría de otros ya consagrados para regalar a todos los allí presentes su preciosísima interpretación: Natalia Danger (pianista), el dúo integrado por Marlene Márquez (piano) y Adniel Santiestebán (fagot) alumnos del conservatorio "Esteban Salas" y el también dúo de Camilo Bess (piano) y Alfonso Jorge (percusión) y el reconocido guitarrista Aquiles Jorge. El Coro Interparroquial de Santiago de Cuba selló el concierto con la interpretación del Ave María Estrella del músico P. Esteban Salas (maestro de Capilla de esta Catedral en el siglo XIX) y el Aleluya, de Händel, cántico de alabanza y gozo de todos por las gracias recibidas de Dios en estos doscientos años.



Natalia Danger



Marlene Márquez (piano) y Adniel Santiesteban (fagot)



Camilo Bess (piano) y Alfonso Jorge (percusión)



Aquiles Jorge



Coro Interparroquial

El Espíritu nos Anima

Al celebrar los doscientos años de vida de nuestra Iglesia Arquidiocesana, conviene que reflexionemos sobre lo que estamos festejando. La Iglesia, que está en función del reino de Dios, es al mismo tiempo un “ya” y un “todavía no” de ese Reino. **Es un “ya” porque Cristo inauguró ese Reino y El mismo constituye ese Reino en medio de los hombres: es la humanidad renovada, expresión absoluta de lo que estamos llamados a ser y de lo que el hombre puede lograr. Pero es un “todavía no”, porque la Iglesia que presencializa sacramentalmente el Reino de Dios, no lo realiza en plenitud.** Ese Reino lo tenemos en prenda pero en su plenitud sólo se alcanza en el “más allá” del tiempo, en la consumación de la historia, en el “Cielo nuevo y la tierra nueva”, donde la muerte, el luto, el llanto, y el pesar, donde el pecado y toda la maldad, serán finalmente superados y vencidos. **Esta obra la culmina Dios mismo al final de los tiempos.**

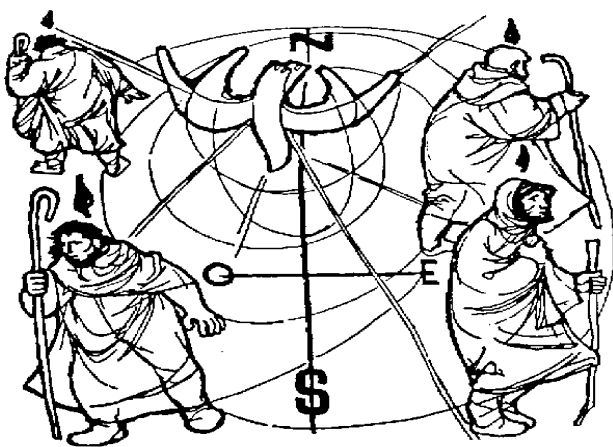
En su discurso inaugural de Nazaret, Jesús define su misión con las palabras del profeta Isaías: *“El espíritu del Señor está sobre mí porque él me ha ungió. Me ha enviado a dar la buena noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor”*(Lc.4, 18-19). La afirmación posterior de que todo lo dicho en la lectura citada se estaba cumpliendo allí, en presencia de los asistentes a la sinagoga, **inaugura en boca de Jesús, el tiempo mesiánico, la plenitud de los tiempos.** El Reino de Dios nos ha dado alcance por la acción de Jesús, lleno del Espíritu Santo.

Si el Evangelista pone en boca de Jesús la llegada de los tiempos últimos en este pasaje, **antes fue el Padre mismo el que, en el bautismo, proclamó a Jesús como “su Hijo, el Amado,** a quien ha elegido”(Lc.3, 22). Juan el bautista, también en el contexto del bautismo, lo señala como “el Cordero de

Dios que quita el pecado del mundo”: la Misión que Jesús realiza está avalada no sólo por la voz del Padre, sino por la presencia del Espíritu, que aparece en forma de Paloma. Es la Santa e Indivisa Trinidad la que se hace presente. **Pero en el bautismo, Jesús se hace solidario con los pecadores: Él, el inocente, en quien no había pecado, toma sobre sí mismo el pecado del mundo.** Desde su condición de hombre “en todo semejante a nosotros, menos en el pecado”, **Jesús encarnará un mesianismo de servicio humilde, de entrega total: por una parte, obedeciendo al Padre de modo incondicional, y por otra, entregándose de modo incondicional al amor de los hermanos.** Jesús vive su vida con la certeza plena de que el Padre lo apoyaba incondicionalmente, aún sin saber cómo terminaría todo aquello que estaba viviendo. “A tus manos encomiendo mi espíritu”, las palabras finales que Lucas pone en boca de Jesús, expresan esa confianza total de Jesús, que muere en el rechazo total de los hombres y en el aparente abandono del Padre.

Jesús es el Siervo de Dios y el servidor de los hombres. Su bautismo inaugura esa hora en la que su Misión comienza a realizarse. Lo que no significa que El ya no estuviera lleno del Espíritu: pues desde su concepción virginal en el seno de María, su existencia era “por obra y gracia del Espíritu Santo”, **pero el bautismo nos muestra la adultez de aquel que, ya crecido en “edad sabiduría y gracia”, lúcidamente da el paso al frente hasta las últimas consecuencias y asume, radicalmente, en fracaso y en muerte, la tarea encomendada a Él por el Padre, en el Espíritu Santo.** Jesús el hijo de Dios, se hizo hombre y “sufriendo aprendió a obedecer” (Hb.5, 8) como nos dice la carta a los hebreos. Su sacrificio en la cruz es la continuación de su bautismo, y la culminación de ambos es la gloria, “porque convenía que el Mesías padeciera para entrar en su gloria” (Lc 24, 26).

La Iglesia no puede comprenderse sino con relación a Jesús y a la obra de Jesús. Juan en su Evangelio, nos dice claramente que, una vez que Jesús se haya ido, **la Misión del Espíritu Santo es la de recordarnos las palabras de Jesús:** “Él (el Espíritu) no vendrá con un mensaje propio sino que les dirá lo que ha escuchado... recibirá de lo mío para dárselos a Uds.” (Jn 16, 13-15). Por eso toda la acción y la vida de la Iglesia están en relación con Jesús y con la tarea que él nos ha encomendado: continuar su obra, “llevar a término su obra”. La Iglesia no está sola en esa labor, pues el Espíritu Santo la asiste y acompaña, hace presente a Jesús.



La Misión de Jesús.

A diferencia de los antiguos profetas, o de los mismos Apóstoles, Jesús no recibe una misión en forma de llamamiento o vocación: las palabras escuchadas durante el Bautismo **son una declaración que resuena en la conciencia humana de Jesús como toma de conciencia de lo que ya Él es, confirmando en su condición de Hijo.** El texto veterotestamentario citado por Lucas, está tomado del primer cántico del siervo en Isaías 42, 1: “Mirad a mi siervo a quien sostengo, a mi elegido, en quien se complace mi alma. Puse mi Espíritu sobre él”. Jesús toma conciencia de ser el ungido del Padre, el Mesías enviado con una misión: como luego dirá en Nazaret, él ha venido a anunciar la Buena Nueva a los pobres, la vista a los ciegos, a anunciar la libertad a los cautivos y dar libertad a los prisioneros, a

proclamar la redención de Dios para todos los hombres.

Si Jesús anuncia esta realidad verdaderamente nueva, esta perspectiva entusiasmante y liberadora, que quita de los hombros de la humanidad el sentimiento del fracaso, el peso de la culpa y la conciencia de un destino irreparable, lo hace desde una experiencia íntima y progresiva, que se nos manifiesta desde que, siendo un adolescente le responde, extrañado, a María y a José: “¿por qué me buscaban, no saben Uds. que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?”. **La novedad de una palabra, constantemente repetida por sus labios, nos revela la conciencia que Jesús tiene de su relación con Dios: esa palabra es “Abba”, Papá. Jesús llamaba a Dios “Papá”.** Jesús tenía clara conciencia de una absoluta, íntima e incondicional relación con Dios hasta el punto de llamarle Papá. Y esto era considerado una blasfemia, una imperdonable falta de respeto, por parte de muchos contemporáneos de Jesús, en especial los más religiosos y los conocedores de la Palabra de Dios y de la teología rabínica. **Esta fue una de las razones aducidas por sus enemigos para dar muerte a Jesús, “porque tenía el atrevimiento de llamar a Dios Papá”**

Y es que la vida cambia desde el momento en que el ser humano se siente amado con un amor absoluto e incondicional. **Jesús no sólo tuvo esa experiencia, sino que se la transmitió a los discípulos.** Cuando los Apóstoles le pidieron: - “Señor, enséñanos a orar”, Jesús les respondió enseñándoles el “Padre Nuestro”. Y cuando les habló de Dios a través de las parábolas, **les enseñó que Dios es un padre siempre dispuesto a esperar y a perdonar al hijo que lo abandonó,** y que es tan bueno que hace salir el sol sobre malos y buenos y envía la lluvia sobre justos y pecadores... y hace de su corazón una fiesta cuando uno solo de sus hijos es capaz de regresar a la casa paterna. **Dios es ese: el que ama siempre,** el que siempre está dispuesto a perdonar. Dios es ternura y cercanía y jamás olvidará a ninguno de sus hijos.

Si todos somos hijos de ese Padre bueno, tenemos que recibirnos los unos a los otros como hermanos. Jesús nos da el ejemplo: su manera de vivir, “para los demás” es el paradigma que han de seguir sus seguidores. **El Espíritu que nos da**

Jesús es “el que nos hace gritar Abba, Padre”, (Rom. 8, 15) y es el que nos permite escoger ese “camino mejor” del que nos habla Pablo al final del capítulo 12 y en todo el capítulo 13 de la Primera Carta a los Corintios: el camino del amor (1Cor.12,31-13,13)

Dios toma la iniciativa: por eso envió a su Hijo al mundo para salvar al mundo. El Hijo único y amado, el inocente, murió para salvar a los culpables. Reconcilió a los hermanos pródigos con ese amor incomparable que ha manifestado desde la cruz: disculpó a los culpables que lo asesinaban (“Padre, perdónalos...”) y de esa manera “derribó en su propia carne el muro que los separaba, el odio”(Ef.2, 14); “Dios nos reconcilió con el cuerpo de Cristo entregado a la muerte, para hacernos santos, no teniendo ya ante él mancha ni culpa”. (Col.1, 22). **La muerte de Cristo en la cruz obra la redención**, inicia una nueva etapa en la que libremente podemos entrar si aceptamos la salvación de Cristo en nuestras vidas, si al igual que el ladrón arrepentido le decimos al Señor: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino”. (Lc.23, 42).

Si el Espíritu es la gran promesa de Cristo, el que nos lleva a la verdad plena, es porque nos hace descubrir que el proyecto de Jesús, el Reino de Dios, es posible: **una comunidad de hermanos que deja atrás el afán de poder para vivir en el servicio mutuo; la ambición de la riqueza, para vivir compartiendo los que somos y tenemos con los demás; y el deseo de figurar y sobresalir para conformar una familia de iguales, que tratan de tener “los mismos sentimientos que tuvo Cristo-Jesús, que dejó a un lado su categoría de Dios, para pasar por uno de tantos”** (igualándose en todo a nosotros, los hombres) (Fil.2, 5-7) Ahora bien, ese estilo de vida, esa manera de existencia, que fue la de Jesús (y debe ser la del que quiera ser su discípulo) **sólo es posible para los que eligen a Dios por Rey, para los que se dejan guiar por el Espíritu de Jesús.** Y esa es, por excelencia, **la obra del Espíritu: hacer posible la comunidad de hermanos en Jesús.** Sin sacarnos de este mundo, Dios nos libra del mal. Esa comunidad es la Iglesia.

El ser y la Misión de la Iglesia.-

El tiempo de la Iglesia se mueve desde la primera venida de Cristo, cuando el Señor mismo da inicio a la comunidad que continuará su obra y actualizará su presencia a lo largo de los siglos y la segunda venida de Cristo, al final de la Historia. De Jesús resucitado recibe la Iglesia el mandato de “predicar el Evangelio y de bautizar a todas las gentes, enseñándoles a practicar todo lo que Jesús nos ha revelado”, y una promesa: “yo estaré con Uds. todos los días hasta que se termine este mundo”. (Mt.28, 19-20)

La Misión de la Iglesia consiste en dar testimonio de Jesús: “ustedes van a recibir una fuerza, la del Espíritu Santo que vendrá sobre ustedes... y serán mis testigos... hasta los confines del mundo”(Hc.1, 8). La Iglesia no puede dar testimonio de Jesús si no es por la acción del Espíritu Santo: “nadie puede decir: ‘Jesús es el Señor’ sino no es guiado por el Espíritu Santo”(1Cor.12,3). **Por lo tanto, es por la presencia y por la acción del Espíritu que la iglesia testifica y anuncia al Señor Jesús.**

Si la Iglesia puede testificar de Jesús es precisamente porque ella es Misterio y Sacramento de Cristo en el mundo y a lo largo del tiempo. Ella revela, hace presente y realiza la presencia salvadora de Cristo en el mundo, cumpliendo así los designios del Padre en favor de la humanidad. **La Iglesia es signo e instrumento de Cristo en su propósito de salvar a todos los hombres.** Por eso, hace posible la íntima unión del hombre con Dios y de todos los hombres entre sí. Para Pablo la Iglesia es el “**Cuerpo de Cristo**”, quien al resucitar de entre los muertos envía su Espíritu para edificar la Iglesia y convertirla en sacramento universal de salvación. **Cristo es la Cabeza de ese cuerpo y el Espíritu es el alma increada que da vida a sus miembros.** El Espíritu Santo es quien realiza en nombre de Cristo esta acción. **La acción del Espíritu en la iglesia tiene dos dimensiones inseparables: santifica a las almas, (trabaja en lo más íntimo del corazón de cada hombre) y al mismo tiempo edifica la comunidad de los hijos de Dios.** Los tres elementos mediante los cuales Dios realiza su obra salvífica en la Iglesia son: **La Palabra de Dios, los sacramentos de la fe y las comunidades cristianas.**

Como “alma increada de la Iglesia”, el **Espíritu**, “Señor y dador de vida”, **llama a la unidad** entre todos los miembros de la Iglesia, a través de la caridad, que es “el alma creada de la iglesia”. **En cada miembro de la Iglesia el Espíritu trabaja mediante los carismas que Él distribuye a cada uno** para que pueda realizar una tarea en favor de todo el cuerpo místico. Unidad sin uniformidad, diversidad sin desorden

Esas comunidades constituyen un Pueblo: el Pueblo de Dios. Ellas son el Nuevo Israel, el nuevo Pueblo de Dios, heredero de las promesas hechas por Dios a Abraham, convocado por Jesús de Nazaret y nacido de su Pascua por la acción del Espíritu Santo. **Es la “parresía”, la fuerza de ese Espíritu que Jesús había prometido y luego enviado sobre los apóstoles y discípulos, la que se manifiesta en Pentecostés:**

“Esta es la fuerza
que pone en pie
a la Iglesia
en medio de las plazas
y levanta testigos
en el pueblo,
para hablar con palabras como espadas
delante de los jueces”.
(Himno de Laudes, Fiesta de Pentecostés)

Esa fuerza del Espíritu ha estado corroborada desde los orígenes del cristianismo, por la obra evangelizadora de la Iglesia, por la sangre de sus mártires, el testimonio de sus confesores y la pureza de las vírgenes. Esa fuerza del Espíritu se hace presente también en la diversidad de los carismas, en las múltiples manifestaciones de la presencia divina entre los creyentes. La palabra carisma viene de la palabra “Xaris”, que significa caridad, amor. El carisma es una manifestación concreta del amor: el que predica la palabra, el que dirige, el que visita a los enfermos y atiende a los huérfanos y las viudas, el que enseña... **todo aquel que haga algo en la comunidad, sirve y edifica a la Iglesia de Cristo. Esa es obra del Espíritu Santo, a través del amor que hace surgir en nuestros corazones.** Esos “dones” están dados a cada cristiano y lo benefician en cuanto le permiten contribuir al bien común, al beneficio de la comunidad. Son dados por el Espíritu

Santo, de tal manera que también se les podría llamar “**pneumata**”, es decir, actos o dones del Espíritu (=Pneuma, en griego). **La Iglesia tiene que ordenar y discernir los carismas:** es deber de la autoridad organizar y aprobar -reconocer- si efectivamente esos carismas vienen de Dios y si están al servicio de la Comunidad, y cómo deben ejercitarse para que no haya confusión, división o desorden por causa de un mal manejo de esos dones.

Los carismas manifiestan esa estructura fundamental y fundante de la Iglesia: el mismo Espíritu que actúa en lo íntimo de cada fiel es el que edifica a la comunidad toda. **En la Iglesia no puede existir un colectivismo que anule a la persona, ni un individualismo que destruya la comunidad.** Dios actúa en cada miembro de la Iglesia, clérigos o laicos, suscitando los carismas y **a la autoridad le toca reconocer y colaborar con esa acción libre del Espíritu.** Por eso la Iglesia es ante todo una comunidad de hermanos, donde la autoridad es un servicio, donde no cabe el autoritarismo. San Agustín lo expresaba en su bello aforismo: “soy cristiano con ustedes y obispo para ustedes”.

Iglesia Apostólica.

La Iglesia-Pueblo no es acéfala. Cristo es su Pastor y Cabeza. Y Cristo ha colocado a los Apóstoles y sus sucesores, los obispos, para que sean pastores de su pueblo. La iglesia de Cristo, que vive en cada Iglesia diocesana, en torno a un obispo y su presbiterio, **tiene también una dimensión universal: la comunión de todos los obispos con el Obispo de Roma, sucesor del Apóstol Pedro al frente del Colegio episcopal, y supremo pastor de toda la Iglesia.** La función de los Obispos, y de toda la Iglesia es mantener con fidelidad el depósito de la fe dejada por los apóstoles hasta que el Señor retorne. **No nos podemos apartar de esas verdades recibidas, ni de los apóstoles y sus sucesores, y a esto llamamos la “apostolicidad de la Iglesia”.** Entre al “Alfa y el Omega”: Cristo encarnado y hecho hombre, Cristo-Pleroma, que incluye también a sus miembros, **está la obra del Espíritu Santo que demuestra, santificando a los cristianos, la eficacia y actualidad de esas realidades salvíficas atestiguadas por la fe apostólica: Acción del Espíritu que es indiscernible de la ac-**

ción que realiza a través de los apóstoles y de la comunidad: “El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido...” que dirá el decreto-resumen del “Concilio de Jerusalem”. (Hc.15, 28)

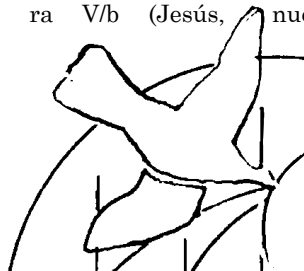
Como ha dicho un gran teólogo del siglo XX: “la apostolicidad es santa y católica”. (J.Y.M. Congar). Cuando decimos que la Iglesia es “**una, santa, católica y apostólica**”, expresamos cuatro “notas” que son inseparables de la Iglesia, notas que expresan su más íntima y característica realidad. **Manifiestan lo que ella ya es y lo que está llamada a ser.**

La Unidad de la Iglesia.

El Espíritu Santo es el que hace una a la Iglesia. El espíritu fue dado en primicias, a los Apóstoles y en ellos, a toda la Iglesia: “mientras estaban reunidos juntos, en el mismo lugar...” y en compañía de la Madre de Jesús, según nos dice el libro de los Hechos (Hc.1, 15. Unánimes en la oración y en el amor: “todos fuimos bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo” (1Cor 12,13) nos dirá Pablo. **En medio de la legítima y variopinta diversidad de hombres, idiomas, pueblos y culturas sólo el Espíritu de Dios puede lograr una unidad que no caiga en la uniformidad totalitaria, pues ésta acaba destruyendo la riqueza y pluralidad de formas que manifiesta la vida.**

Sólo “el Espíritu trascendente y único, puede penetrar todo sin violentar ni violar nada”, dirá Congar. Y esto el Espíritu lo logra a través de la comunión (la común-unió de los diferentes, que desean estar con y vivir-para los demás). Y esto sin confundir ni anular a las personas. **Por eso él es el principio de la comunión de los santos y la expresión de la catolicidad de la Iglesia.** El mismo Espíritu está en Jesús y viene de Él; desde Abel, el primer justo, hasta el último de los salvados, lo mismo los que estamos en la tierra que los que ya están en el cielo: “el Espíritu obra todo en todos”, respetando a cada uno. **San Agustín lo ha señalado al decir que el Padre y el Hijo quieren que nos unamos con ellos y entre nosotros por su mismo vínculo de unión común: el Espíritu Santo, Dios y don de Dios.** (Sermón 71)

Esta unidad de comunión debe expresarse en solidaridad concreta, en calor humano, en sensibilidad y cercanía: la Iglesia debe ser una familia, donde todos deben acogidos y estimados por lo que son y no por lo que tienen. Como decimos en la Anáfora V/b (Jesús, nuestro camino):



Danos entrañas
de misericordia
Ante toda miseria humana
Inspiranos el gesto
y la palabra oportuna
frente al hermano solo
y desamparado,
ayúdanos a mostrarnos
disponibles
ante quien se siente explotado
y deprimido...
Que tu iglesia, Señor,
sea un recinto de verdad y de amor,
de libertad, de justicia y de paz
para que todos encuentren en ella
un motivo para seguir esperando”

La Iglesia es católica por su vocación universal, porque está llamada a evangelizar a todos los pueblos, a todas las culturas, en todas las lenguas... La Iglesia debe descubrir las “semillas del Verbo” que están presentes en todas las culturas, en todas las religiones de la tierra. Esto supone una actitud de apertura, de diálogo respetuoso, de aceptación de cuanto bueno haya en todos y en cada uno. Cristo es “Aquel en cuyo nombre todos somos salvados”: incluso aquellos que no lo conocen todavía. La Iglesia tiene que abrirse a todos los hombres, pueblos y culturas, para llevarles esa luz, descubriendo desde el Espíritu, lo que ya es luz y presencia del Verbo en ellos, aun antes de que les llegue la Palabra explícita del Evangelio.

Católico es lo contrario de “sectario”. En Pentecostés, el Espíritu “logró que cada uno pudiera comprender las maravillas de Dios, y las expresara en su propia lengua”. La fe se expresa en la concreción de lo particular y en la extensión de lo universal. **Cristo es un hombre particular, pero su salvación alcanza a todos los hombres, de antes y después, sin excluir a ninguno, por lejano que esté en el espacio o en el tiempo.** La presencia del Espíritu

Santo en la Iglesia ha hecho presente al Señor para cada época, pueblo y cultura: esa presencia del Espíritu nos hace fieles a “la tradición”, a la continuidad de lo recibido desde Cristo hasta hoy, presente en las Escrituras, (como promesa y anuncio en el Antiguo Testamento, como plenitud, realidad y tarea en el Nuevo). **La Palabra de Dios está presente y viva en la comunidad, que hace vida la fe mediante el amor. Pero el Espíritu no está solo en la Iglesia: está en el mundo, en la vida, en la historia.** El cristiano tiene que aprender a leer en todas las realidades esa presencia de Dios que le habla: a esto lo llamamos leer, o interpretar, “**los signos de los tiempos**”

“El Espíritu sopla donde quiere”, incluso fuera de las fronteras visibles de la Iglesia, pero no ajeno a ella. Por eso la Iglesia debe ser tan humilde: ella es sacramento del Reino, pero el Reino de Dios no se agota en ella. El Espíritu no sólo obró las maravillas del pasado, pero obra también en el presente y el futuro, “haciendo nuevas todas las cosas”. **Él es la gran Novedad que actúa en el mundo, que “abre las puertas y ventanas cerradas por el miedo” y hace presente a Dios en nosotros y en los otros.** Como ha dicho Mons. Ignacio Hazim, metropolitano ortodoxo de Lataquia:

“Sin el Espíritu, Dios está lejos, Cristo se encuentra en el pasado, el evangelio es letra muerta, la iglesia una simple organización, la autoridad un despotismo, la misión una propaganda, el culto una evocación y el actuar cristiano una moral de esclavos”. (Congar: “El Espíritu Santo”, p. 241)

El Espíritu es “**Señor y dador de vida**”. Por eso mora en todos. Como diría San Ireneo: “**El Espíritu ha sido derramado sobre todo el género humano**”, “**porque descendió sobre el Hijo de Dios convertido en Hijo del hombre; por ello, con él, se acostumbró a habitar en el género humano, a reposar sobre los hombres, a residir en la obra modelada por Dios**”. Y San Ambrosio dirá, “toda verdad, venga de donde viniere, es del Espíritu Santo”. Y sin embargo **la Iglesia debe hacer explícita en toda realidad, abierta de por sí a la acción del Espíritu, la novedad del Evangelio, y esto no se contradice, sino que se explicita y complementa con la hermosa reflexión del Papa Pablo VI, en la Carta Encíclica “Evangelii Nuntiandi”:**

“Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación”. (Ev. Nunt., 19)

Para esto hace falta la luz del Espíritu que ayuda a discernir y calibrar cómo llevar adelante esta misión. No cabe dudas, que es ese obrar íntimo del Espíritu en los corazones, pero también en la comunidad creyente y en “las cosas santas” -Palabra, sacramentos, instituciones eclesiales...- lo que permite realizar a la Iglesia su Misión, en particular la obra por excelencia del Espíritu, la santificación de las almas.



La Santidad como principio de la Iglesia.

La más antigua “nota” (**Iglesia Santa**) aparece ya en el siglo II, en la fórmula del interrogatorio prebautismal recogida por el romano San Hipólito. Pero Pablo en la carta a los efesios nos diría que **Cristo se ha preparado en la Iglesia, una esposa santa**: “Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, a fin de santificarla por medio del agua del bautismo y de la palabra, para prepararse una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa y perfecta”. (Ef.5, 26-27). En 1Cor.3,16, Pablo compara a la Iglesia con un templo

santo: “¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?... pues el templo de Dios sois vosotros”. En la primera carta de Pedro se pedirá a los cristianos: “disponeos como piedras vivientes, a ser edificados en casa espiritual y sacerdocio santo...vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo de su propiedad”.(1Pe.2,5.9)

Ambas imágenes expresan la vocación a la Santidad de toda la Iglesia y de cada uno de sus miembros. Cristo desposó a la humanidad, purificándola y convirtiéndola en la nueva Eva, que es la Iglesia. La Iglesia así se hace una sola carne con Cristo. Se convierte en su cuerpo. Esta imagen reaparece en el Apocalipsis, donde se nos dice que “han llegado las bodas del Cordero y su Esposa se ha preparado para las mismas vistiendo el lino resplandeciente y puro, el lino significa las obras justas de los santos”.(Ap.19, 6-8) **Esposa, cuerpo, templo. Son tres imágenes que expresan esa vocación de santidad, de deificación, que une íntimamente a Cristo con su Iglesia, por la acción del Espíritu.**

Existen antiguos códices que en la versión lucana del Padre Nuestro, (algunos Santos Padres griegos, la utilizaron con gusto) en lugar de decir “venga tu Reino” decían “haz venir tu Espíritu Santo sobre nosotros y que él nos purifique”. **La obra del Espíritu es purificar y santificar a la Iglesia, inspirando las iniciativas para ser más fieles, para ser santos.** Pero también es obra es de toda la Trinidad: **Cristo que nos revela al Padre, el Espíritu que revela al Hijo: e incluso de los santos, que nos revelan, a lo largo de la historia, por la acción del Espíritu a la Santa Trinidad como Don, amor y comunión.** El término “la comunión de los santos”, desde antiguo, es utilizado en la Iglesia latina para expresar la comunicación de bienes espirituales y la unión entre los cristianos que militan en la tierra, los que disfrutaban del cielo y los fieles difuntos, con Dios y en Él: “Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”. (Rom.5, 5) **Es el Espíritu Santo quien a través del amor, nos une al mismo Dios y a los hermanos, e incluso con todo aquel que en el mundo ama y hace el bien: Él, que está en el Padre, en Cris-**

to, en su cuerpo místico e incluso fuera de las fronteras visibles de la Iglesia, realiza “el pleroma”, la plenitud de Cristo en su cuerpo místico, mediante la obra de la santificación.

Sin embargo, no podemos olvidar ni ocultar que **esta Iglesia Santa, querida por Cristo “sin mancha ni arruga ni nada semejante” es también la Iglesia de los pecadores:** en primer lugar porque sus hijos han sido llamados “desde las tinieblas a la luz”, y nadie hay que pueda presentarse como justo delante de Dios. Además la Iglesia está llamada a acoger a los pecadores como Cristo lo hizo: “no he venido a salvar a los justos sino a los pecadores”. Y aún la misma Iglesia, a lo largo de su historia, ha sido en muchas ocasiones y en muchos de sus miembros, infiel a su Señor. Por eso debemos recordar aquel principio que el mismo Pablo enuncia, al decir que “la iglesia es al mismo tiempo justa y pecadora” y es que **la Iglesia siempre ha de ser reformada, ha de convertir su corazón a Dios dejando todo aquello que la separa de su Señor:** los falsos ídolos del poder, la riqueza, la fama, y cualquier forma mundana de concebir la vida, ajena a Dios y a los criterios del Evangelio. **La iglesia Santa que está llamada a ser, es obra de Dios,** por el sacrificio de Cristo en la cruz y por la acción del Espíritu Santo. Como nos dice el libro del Apocalipsis:

“Entonces vi la ciudad Santa, la nueva Jerusalem, que bajaba del cielo, del lado de Dios, embellecida como una novia engalanada en espera de su prometido. Oí una voz que clamaba desde el trono: Esta es la morada de Dios entre los hombres: fijará desde ahora su morada en medio de ellos y ellos serán su pueblo y él mismo será su Dios... La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que la iluminen, porque la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el Cordero” (Ap. 21, 2-3, 22-23)

La iglesia como servidora, enviada a transformar el mundo.

La Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica, en sus mismas “notas” se nos revela como llamada esencialmente a servir. Lo que ella es está en función del proyecto de Jesús, de salvar a toda la Humanidad: “Yo no he venido a ser servido, sino a servir, y a dar mi vida por todos.” “Tanto amó Dios al mundo que envió su Hijo pa-

ra salvar al mundo”. Con razón ha podido escribir el P. Raúl Lugo:

“Algunos teólogos latinoamericanos han sostenido que una sana vida comunitaria depende de que seamos capaces de establecer una correcta relación entre tres elementos: Reino, mundo e Iglesia. El Reino, proyecto de vida plena que nos trajo Jesús, es lo absoluto. La iglesia, en cambio, es relativa. Está llamada a ser signo y presencia del Reino en medio del mundo. La Iglesia, pues, no vive para sí misma. No tiene sentido alguno un cristiano que vive encerrado en su propio mundillo y se desinteresa del mundo que le rodea. Traiciona su misión fundamental. El mundo, la sociedad, es el campo del testimonio cristiano”. (El empoderamiento...p.8)



Conclusión.-

Estas reflexiones pretenden ayudarnos a entender el misterio de la Iglesia en su ser y su quehacer como obra del Espíritu. A lo largo de casi 5 siglos de creada la Diócesis de Cuba y en estos doscientos años de elevada nuestra diócesis al rango de Arquidiócesis, como provincia eclesiástica que comprendía a toda la futura nación cubana, la acción del Espíritu se ha manifestado en los primeros evangelizadores que anunciaron el Evangelio, en los grandes luchadores a favor de los indios, como Fray Bartolomé de las Casas, o de los defensores de los negros como los capuchinos Francisco José de Jaca y Epifanio de Borgoña, y más tarde, los presbíteros José Agustín Caballero y el Siervo de Dios, Padre Félix Varela, o laicos como José de la Luz y Caballero y José A. Saco. En la larga lista de grandes obispos que

con el ejemplo de sus vidas y su incansable labor pastoral predicaron la Palabra y edificaron la Iglesia: no podemos dejar de mencionar a Compostela, Morell de Santa Cruz, San Antonio María Claret, Valentín Zubizarreta y Enrique Pérez Serantes entre otros muchos. Los sacerdotes, religiosos y religiosas que han dejado sus nombres en los anales de la caridad cristiana y del servicio a los más pobres, como el Padre Olallo, el P. Conyedo, el Padre Pico, el P. Wenceslao Calleja y más recientemente, sacerdotes de la talla de Mario Carassou, Higinio Seonne, Pastor González, Esteban Barbarin, Pedro Carbonell, Emerio Sánchez por no mencionar más que algunos nombres. Y las religiosas y religiosos que en hospitales, asilos, escuelas y parroquias han realizado una labor heroica y escondida al servicio del amor. La pléyade de laicos que a lo largo de estos cinco siglos de historia diocesana y los dos últimos siglos como Iglesia Metropolitana han sido legión, realizando toda obra buena, en la Iglesia y en el mundo, dando testimonio de su fe en la lucha por la verdad y la justicia, formando y educando a las nuevas generaciones.

Sí, podemos sentirnos orgullosos de esta Iglesia que ha dado testimonio del amor de Dios sirviendo a nuestro pueblo. Por muchos avatares que han marcado estos dos últimos siglos, el testimonio de Santidad dado por muchos de nuestros hermanos es semilla segura de fecundidad: Cómo olvidar que en nuestra ciudad, en el siglo XIX convivieron con nosotros y trabajaron por el Reino: San Antonio María Claret, Arzobispo de Santiago y fundador de los claretianos; la Madre Antonia París, fundadora de las claretianas; El P. Jerónimo Usera, gobernador eclesiástico de este Arzobispado y fundador de las Hermanas del Amor de Dios; El P. Ciriaco Sancha, secretario-canciller, luego Cardenal y arzobispo de Toledo, fundador de las Hermanas de la Caridad del Cardenal Sancha; el padre Salinero, fundador de las Apostolinas, éstos últimos en vías de canonización; y a principios del siglo XX, Dolores Sopena, fundadora de las Hermanas Catequistas, recientemente beatificada. El Espíritu ha trabajado en esta viña del Señor. Por eso podemos unir nuestra voz a la de Juan y decir: **“El Espíritu y la esposa dicen: ven. Quien lo escuche diga:**

Ven... Marana tha: VEN, SEÑOR JESÚS”

(Ap. 22, 17.20)

Hacer Pastoral Doscientos Años Después

... Una Iglesia Misionera, Profética, Participativa, y Generadora de Esperanza.

1.- *Hacer pastoral ...*

§ Lo primero en la vida de la Iglesia, de cada comunidad cristiana y de cada creyente, son las intervenciones de Dios en la historia, en la historia colectiva y en la personal, especialmente a través de Jesucristo. La acción pastoral no es otra cosa que acompañar y ayudar a reflexionar sobre esas intervenciones y las implicaciones que tienen en la vida de cada creyente y de la comunidad cristiana en general.

§ Hacemos pastoral cuando acompañamos a los hermanos de la comunidad cristiana y les ayudamos a que crezcan continuamente en todas las dimensiones de su fe en Cristo Jesús; cuando nos preocupamos de que se sientan miembros vivos de la iglesia y participen de su misión; cuando facilitamos la educación y la alimentación cotidiana de su fe con vistas a la comunión y a esa misma misión.

§ Cuando proclamamos la Palabra, cuando celebramos la fe en la Liturgia, cuando dialogamos con Dios y hacemos caridad estamos haciendo pastoral, estamos ayudando a que el Reino de Dios crezca, se haga realidad, en la vida de cada creyente y de la comunidad entera.

§ Jesús nos llama personalmente e invita al seguimiento; los que seguimos a Jesús forma-

mos una comunidad. Estando con Jesús y en la comunidad que él forma, aprendemos a actuar como el Maestro: a comunicar su mensaje, a intentar vivirlo.

§ ...Y para Jesús, el mensaje central no es otra cosa que la revelación del corazón paternal de Dios y la exigencia de que vivamos como hermanos: sólo cuando los cristianos asumimos, a la vez estos dos aspectos podemos decir que la acción pastoral de la Iglesia está siendo eficaz en nosotros.

§ Por otra parte, las acciones más significativas que Jesús hace son los gestos sanadores, el perdón de los pecados y las comidas fraternas. De este modo nos da a conocer la misericordia entrañable del padre, nos libera del mal y del pecado, nos devuelve la esperanza y nos propone nuevos valores éticos.

§ La acción pastoral tiene también como meta transformar la realidad desde el horizonte del Reino de Dios, o lo que es lo mismo, humanizar al mundo. Esto exige descubrir el rastro de Dios en el “aquí” y el “ahora” que a cada creyente y a cada comunidad cristiana les toca vivir.

§ Y la humanización del mundo sólo es posible si la historia y la sociedad se analizan desde los excluidos y los despojados de sus derechos más elementales como personas, porque

los pobres aparecen como los destinatarios primeros del evangelio, los hijos queridos de la Iglesia y los destinatarios privilegiados de la acción pastoral. Ellos están llamados a ser los protagonistas de la transformación cristiana de la realidad.

2. ...DOSCIENTOS años después

§ Cuando hoy hablamos de “hacer pastoral” nos estamos refiriendo, como lo han hecho los cristianos de todos los tiempos, también los católicos cubanos de hace doscientos años, a todas aquellas acciones que permiten actualizar la acción de Jesús: el cumplimiento del proyecto salvador del Dios del Reino, desde la solidaridad con los enfermos, los pobres, los pequeños, los excluidos y pecadores.

§ Conscientes de que la sociedad cubana de nuestros días no tiene como horizonte el Reino y de que acoger ese Reino es acoger al mismo Cristo para tener sus mismos sentimientos, criterios, actitudes y comportamientos, las comunidades cristianas de la Arquidiócesis se propusieron como meta pastoral para el periodo 2001-2005 “propiciar el encuentro de cada persona con Jesucristo vivo desde comunidades cristianas cada vez más misioneras, proféticas, participativas y generadoras de esperanza para promover la conversión, la comunión la solidaridad y la justicia”.

§ Entendemos que una comunidad cristiana es MISIONERA:

- Cuando presta especial cuidado a los no creyentes y alejados de la fe que viven en su entorno y a los que es enviada por el mismo Dios.
- Cuando trata de suscitar en ellos la fe y la conversión iniciales anunciándoles la buena noticia del Reino.
- Cuando sabe que ese anuncio está destinado a TODOS y que necesita hacerlo siempre en actitud de escucha y con humildad, aceptando

las deficiencias y limitaciones personales así como las de la misma Iglesia, y a la vez de una forma creativa y renovadora.

- Cuando realiza ese “primer anuncio” mediante el testimonio de los cristianos en medio de todos los ambientes y estructuras de la sociedad, sin olvidar nunca el anuncio explícito del reinado de Dios, un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús.

- Cuando una parte significativa de los miembros de esa comunidad dedican sus esfuerzos y se comprometen para lograr de los más pobres y alejados del Evangelio, con la ayuda del Espíritu, esa adhesión inicial, radical global al reino de Dios, es decir, al “mundo nuevo”, a la nueva manera de ser y de vivir que inaugura Jesucristo.

§ Creemos que una Comunidad Cristiana es PROFÉTICA:

- Cuando crece en la oración y la escucha del Espíritu, para poder ser voz que llegue proclamando la verdad.

- Cuando anuncia el Proyecto de Dios al pueblo.

- Cuando interpreta los signos de los tiempos, intenta descubrir en los clamores del pueblo lo que realmente el pueblo necesita “aquí” y “ahora” y presenta a Dios esos clamores.

- Cuando intenta descubrir la respuesta de Dios a dichos clamores y se la comunica al pueblo en nombre de Dios.

- Cuando opta por la VERDAD y acepta con valentía el riesgo que esa opción puede acarrearle.

- Cuando denuncia – asumiendo siempre los riesgos -:

§ Las desviaciones que, como Iglesia, tiene con relación al Plan de Dios.

§ Las situaciones estructurales de pecado en la sociedad.

- Cuando se siente llamada a ser “puente para la reconciliación” y asume con entusiasmo esa vocación.

- Cuando renuncia a determinadas “concesiones”, que en realidad son derechos y que hay reclamar como tales.

- Cuando acepta “vivir en la frontera” en lo social, en lo político y en lo religioso, o lo que es igual, cuando asume la marginación y la represión.

- Cuando acepta “estar en pobreza” y vivir ese estado como parte del seguimiento de Jesús al lado de este pueblo.

- Cuando se obliga a escuchar la voz del pueblo todo y adapta a su cultura y lenguaje los mensajes que, en nombre de Dios, le transmite.

§ Asumimos que una comunidad cristiana es PARTICIPATIVA:

- Cuando en ella se escucha la voz de todos sus miembros y entre todos elaboran los proyectos pastorales, los evalúan y reorientan cada vez que es necesario.

- Cuando se tiene en cuenta los carismas específicos de cada miembro de la comunidad y se les respeta: laicos – sacerdotes – religiosos).

- Cuando se definen en ella con claridad los diversos “ministerios” y sus miembros asumen algunos, nunca demasiado, y están dispuestos a servir en ellos responsablemente.

- Cuando se atiende de verdad la dimensión “ecuménica”

- Cuando se viven, con coraje y libertad, espacios interiores y estructura donde sacerdotes, laicos y religiosos pueden vivir un compromiso pleno, presentando así al hombre cubano de nuestros días un modelo de comunidad donde es posible que cada uno se realice como persona y participe con responsabilidad.

- Cuando se acepta mayor lentitud en la toma de decisiones con tal de que todos participen.

- Cuando aceptan las tensiones que normalmente aparecen hasta que quedan suficientemente definidos los espacios y el alcance de la participación.

- Cuando está presente en la historia de cada día del pueblo y ayuda a construir la futura, aprovechando los valores que cada etapa de la historia trae consigo.

- Cuando define su “identidad” y “se siente parte” en cada uno de sus miembros.

- Cuando los PROGRAMAS Pastorales asumidos los sienten como propios cada uno de sus miembros.

- Cuando se alegra con las metas que alcanza de forma estable, metas que responden a las necesidades más sentidas por todos.

§ Sentimos que una comunidad cristiana es GENERADORA DE ESPERANZA:

- Cuando ayuda al pueblo a “soñar” la utopía y camina decididamente hacia ella poniendo de su parte todo lo que puede para hacer realidad esa utopía.

- Cuando ayuda a los pobres a descubrir nuevas salidas a su situación desesperada y les anima y acompaña para salir del fatalismo y la resignación.

- Cuando no se contenta con ser Iglesia de fe y de caridad, sino que también afirma y confía de corazón en que la historia, nuestra historia cubana en particular, permanece abierta al proyecto de Dios y asegura que es posible soñar una patria diferente, constituida “por todos y para el bien de todos”.

- Cuando no se contenta con quedarse en la profecía y pasa a la acción siempre inspirada en el Evangelio de Jesús.

- Cuando asume servicios ejemplares, portadores de una fuerza de demostración e irradiación que se legitiman por la calidad con que son hechos: acciones dotadas de una fuerza que sólo pueden proceder del Espíritu, signos e instrumentos de un futuro no sólo deseable, sino también posible.

Y para que toda la acción pastoral de nuestra Iglesia Arquidiocesana, de cada una de nues-

tras comunidades cristianas, no quede en mero esfuerzo humano, para que el Espíritu transite por ella, necesitamos:

- Impregnarnos de Dios, convertirnos en Comunidades del Espíritu, comunidades donde prevalezca el amor sobre la ley, la comunicación sobre la organización, la comunidad / familia sobre la institución.
- Convertirnos en discípulos, prestos a escuchar la Palabra, capaces de estar a solas ante Dios, en “diálogo filial”
- Transformamos en Iglesia amorosa, de comunión y de alegría, capaz de extasiarse ante la existencia, salir de sí misma y sentirse plenamente confiada delante de su Creador y Padre.
- Ser de verdad comunidades que ayuden a experimentar la fe, que ayuden a iniciar a la Experiencia del Espíritu, a los misterios divinos.
- Comunidades que experimentan a Dios y están dispuestas a compartir esa experiencia con todos los hombres de hoy.
- Comunidades que se entregan con la radicalidad necesaria, a la causa de Dios en la realidad poco brillante de cada día.

Momentos...

Día 22,

Motivos para una Celebración

La Comisión Diocesana de Medios de Comunicación Social, realizó la noche anterior a la celebración del Bicentenario la “premier” del video

Motivos para una Celebración.

Tarea nada fácil ésta de dejar constancia de nuestra historia como Iglesia en sólo veinticinco minutos. Reto así asumido por quienes se propusieron con este trabajo ayudarnos a conocer nuestra historia, la historia del pueblo de Dios en la arquidiócesis santiaguera. Detrás de cada imagen hay un pedazo de vida, de la historia de todos y cada uno de nosotros, que debemos aprender a descubrir para amar y servir.

Todos los que en él trabajaron aportaron su granito en la obra grande, y a todos agradecemos: a María Antonia Naverrete por el guión, a Antonio López de Queralt por su asesoría histórica, a Pedro P. Amador que fue el encargado de la grabación de audio e imágenes, a la locutora Marbelis Fonseca Cobas; a la hermana diócesis de Guantánamo y en especial a Elme Castillo por haber contribuido en la edición y realización final.

Gracias.

Breve Episcopologio (VI)

Exmo y Rvdo Mons. Dr. Santiago José de Hechavarría y Elguezúa.

Natural de Santiago de Cuba, donde nació el 24 de julio 1725. Era doctor en Sagrada Teología, sagrados cánones y filosofía de la Universidad de San Jerónimo de La Habana, donde años mas tarde fue un excelente catedrático de Sagrados Cánones. Era obispo auxiliar de cuba cuando a la muerte de Mons. Morell de Santa Cruz fue designado por su santidad el papa obispo de la diócesis cubana el 3 de agosto de 1769, tomando posesión de la misma en el año 1770. Llegó a Santiago de Cuba en el mes de agosto, siendo recibido con frenético entusiasmo por sus coeterráneos santiagueros y el 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María en cuerpo y alma al cielo, titular de la Santa Iglesia Catedral de Santiago de Cuba, tomó posesión de su diócesis, cantando una solemne misa pontifical en el máximo templo de esta ciudad abarrotado de toda clase de personas que desde el principio se identificaron plenamente con el que sería su Padre y Pastor. En 1772 fundó en La Habana en estrecha colaboración con el Marqués de la Torre una casa para



mujeres desvalidas, vagabundas y viciosas con el nombre de "Casa de Recogida de San Juan Nepomuceno". En 1774 trasladó el Seminario de San Ambrosio al edificio donde se encuentra en la actualidad, aumentando el número de cátedras y becas, sobre todo para jóvenes criollos y le puso el nombre de San Carlos y San Ambrosio que ostenta hasta nuestros días. Erigió varias parroquias en toda la Isla y, contando con la colaboración del Marqués de la Torre, de quien era muy amigo construyó el Hospital de San Juan de Dios, trayendo a los religiosos hospitalarios que todavía lo atienden. Hizo valiosos regalos a su Catedral: un Cáliz de Oro cincelado y adornado con esmeraldas y un Copón de oro fino. Era devotísimo del Santo Cristo de la Misericordia que se venera en al iglesia de Santa Lucía para cuyo altar regaló seis candeleros de plata. Donó para el altar de Nuestra Señora de la Caridad mil onzas de plata pura, con las cuales se enriqueció. Dicho altar se conserva en la actualidad en la capilla de los milagros de la Basilica obrera.

Con gran tino reorganizó su querido seminario de San Basilio Magno de Santiago de Cuba, del cual había sido alumno en su juventud; se preocupó por la alimentación de los seminaristas que desde su época de estudiante y en años posteriores había sido muy

deficiente, organizando el menú semanal y de días de fiesta. Favoreció extraordinariamente el colegio para seculares que funcionaba en los locales del seminario, aumentando las becas, que sólo se otorgarían a estudiantes criollos, pagándolas con sus rentas. Puso al corriente todos los programas de estudio en el seminario, sobre todo las clases de teología moral que estaban suspendidas desde hacía años y fomentó mucho en todos los órdenes la calidad de la enseñanza en los dos seminarios cubanos, a los que regaló bibliotecas completas con lo más avanzado que había impreso en la época, no sólo en las ciencias sagradas sino en las profanas. Ordenó que en ambos seminarios fueran recibidos jóvenes criollos que dieran muestra de verdadera vocación sacerdotal, especialmente entre los hijos del patriciado criollo, del cual él formaba parte y con el que se sentía plenamente identificado. El clero criollo fue ampliamente favorecido y apoyado por este celoso obispo santiaguero, y nunca antes en la historia eclesiástica de nuestro país los sacerdotes nativos ocuparon tan altas dignidades en el Cabildo de la Catedral así como en las principales parroquias de Cuba como sucedió bajo el gobierno episcopal de Mons. De Hechavarría y Elguezúa, por lo cual podemos considerarlo como el Padre del Clero Criollo, al que quería santo y sabio.

Muy amigo de los padres franciscanos, cuya espiritualidad admirada, los ayudó generosamente a terminar la reconstrucción de su convento y le donó doce mil pesos a favor de la enfermería que los frailes mantenían para los más pobres. Durante su gobierno episcopal cesó la dominación inglesa en La Habana que fue cambiada por la Florida y desde allí llegaron a La Habana numerosos frailes capuchinos que fueron inmediata-

mente puestos a trabajar en las misiones en toda la isla de Cuba corriendo los gastos a cuenta del Señor Obispo, de las que se recogieron grandes frutos de conversión y moralidad. El 12 de abril de 1778, el querido obispo Mons. De Hechavarría y Elguezúa partió de Santiago de Cuba en medio de la consternación y dolor de sus ciudad natal de la cual se despedía, pues había sido nombrado por S.S. el papa como obispo de Puebla de los Ángeles en México. La despedida comenzó en la S.I. Catedral donde Mons. De Hechavarría y Elguezúa celebró la Santa Misa por última vez, después de la cual hubo un interminable besamanos y acompañado por el pueblo en masa se dirigió a pie al puerto para tomar el barco que lo llevaría a su nuevo destino, desde el cual bendijo por tres veces al pueblo tirando al mar su pañuelo como símbolo de que se quedaba en medio de nosotros. Muy poco pudo hacer en su nuevo destino de Puebla de los Ángeles donde murió el 19 de enero de 1779, siendo sepultado en la Catedral de aquella ciudad donde descansa frente al altar de la Inmaculada.

Mons. Santiago José De Hechavarría y Elguezúa, fue el primer obispo residencial nacido en Cuba, y también fue el último obispo de Cuba antes de ser dividida la diócesis para crearse el obispado de La Habana el 28 de agosto de 1779.

Exmo y Rvmo Mons. Dr. Antonio Feliú y Centeno.

Natural de Cataluña. Fue electo obispo de la diócesis santiaguera el 27 de enero de 1789. Antes de ser nombrado obispo de esta sede era visitador canónico de todos los conventos de monjas de Madrid y examinador sinodal del Arzobispado de

Toledo, cargo a los cuales renunció al venir para Cuba. Llegó a La Habana el 8 de agosto de 1789, y el día 16 fue consagrado obispo en la Iglesia Parroquial mayor de La Habana, siendo su padrino el Deán de la Catedral santiaguera Dr. Don Crisóstomo Correoso y Catalán. Salió de La Habana el 26 de agosto en visita pastoral de Occidente a Oriente y llegó el 6 de octubre a la villa de El Cobre, trasladándose inmediatamente al Santuario de Nuestra Señora de la Caridad, donde celebró la Santa Misa y cantó la Salve, luego mandó sus poderes al Dr. Don Matías de Boza tesorero del Cabildo de la Santa Iglesia Catedral. Tomó posesión del edificio del obispado el día 9, y el 10 de octubre en la mañana hizo su entrada pública en la Catedral, donde cantó una solemne Misa pontifical.

Al venir para Cuba trajo desde Madrid como Provisor y secretario particular al sacerdote Navarro, Joaquín Osés de Alzúa y Cooperacio a quien entregó prácticamente el gobierno de su obispado pues Mons. Feliú y Centeno tenía la salud muy quebrantada y nuestro clima no le hizo bien, por lo cual falleció en esta ciudad el 25 de junio de 1791, a los 64 años de edad y dos de pontificado, siendo sepultado en el coro de los canónigos de la Catedral santiaguera donde descansa en la actualidad. Fue el primer obispo de Santiago de Cuba al ser dividida la diócesis en 1789 por lo cual su obispado abarcaba las antiguas provincias de Oriente y Camagüey.



Exmo y Rvmo Mons. Dr Joaquín Osés de Alzúa y Cooperacio.

PRIMER ARZOBISPO DE CUBA

Nació en Galbarra (Navarra), España, el 22 de septiembre de 1755. Fue ordenado sacerdote en Pamplona el 25 de mayo de 1782. Se doctoró en Derecho Canónico el 17 de agosto de 1783 en la universidad de Orihuela con brillantes calificaciones. Era abogado de los reales consejos desde el 25 de junio de 1787, llegando a Cuba en el año 1789 como Provisor y secretario particular del recién nombrado obispo de Santiago de Cuba Mons. Antonio Feliú y Centeno. Es nombrado obispo de esta diócesis tras la muerte de su antecesor por S.S. el papa Pío VI el 4 de noviembre de 1792 y fue consagrado obispo en Puerto Príncipe (Camagüey) el 24 de diciembre del mismo año. Al perderse la isla de Santo Domingo para España por medio del Tratado de Basilea, el obispado de Santiago de Cuba fue elevado a la categoría de Arzobispado de Cuba el 24 de noviembre de 1803 por S.S. el papa Pío VII recibiendo su obispo Mons. Osés de Alzúa la categoría de ARZOBISPO PRIMADO DE CUBA, título que en la actualidad conservan los arzobispos de Santiago de Cuba.

Recibió el Sagrado Palio el 16 de abril de 1804. Hombre de vastos conocimientos y

muy adaptado a la cultura y mentalidad criollas supo granjearse desde su época de Provisor de este obispado el cariño y el respeto del clero y el pueblo, que le veneraba como a un padre y pastor santo, no así con las autoridades y con el patriciado



Báculo de Mons. Osés

criollos con los cuales chocó de las más diversas formas. La ilustración, en el más amplio sentido de la palabra, tuvo en Mons. Osés de Alzua un gran abanderado y un acérrimo defensor pero sin salirse jamás del magisterio y la disciplina de la Iglesia, por lo cual se buscó no pocos enemigos, a los cuales enfrentó con valentía, tacto y sobre todo exquisita caridad. En el año 1803 construyó la ya desaparecida iglesia de Santa Ana con su cementerio anexo, que estaba situada en el lugar que hoy ocupa el edificio del Arzobispado, donándole a dicho templo entre otras cosas la imagen de la Bendita Familia (la Virgen Niña con Santa Ana y San Joaquín) tallados en madera policromada que todavía se encuentran al culto en al capilla privada del Arzobispado.

A costa de muchos sacrificios, problemas, enemigos y enormes gastos edificó nuestra Santa Iglesia Catedral entre los años 1810 y 1819, así como su hermoso coro de los canónigos estilo churrigüesco que inauguró el 25 de abril de 1819.

Se ocupó personalmente del seminario

San Basilio Magno reparando totalmente el edificio, aumentando el número de cátedras y de becas, y procurando que el claustro de profesores, tanto sacerdotes como seculares fueran ejemplares y bien preparados como convenía a este tipo de centro de estudios. Se preocupó de que los programas de estudio así como la biblioteca estuvieran tan actualizado como los del mejor seminario de España. Solía visitar tan frecuentemente como podía las clases de las distintas asignaturas del seminario para cercionarse de la calidad con que eran impartidas y al final hacía preguntas a los seminaristas, pues deseaba que los futuros sacerdotes se formaran santos y sabios.

Rodeado por el cariño y veneración de sus diocesanos, Mons. Osés de Alzua falleció en esta ciudad el 13 de febrero de 1823, siendo sepultado en la cripta funeraria de nuestra S.I. Catedral donde descansa en al actualidad y de la cual será exhumado próximamente en fecha aún no precisada de este año Bicentenario de la Arquidiócesis Primada de Cuba, para ser reinhumados en la parte central del coro de los canónigos de la Catedral construida por él.



Cruz Arzobispal de Mons. Osés

El Arte y la Historia

El pasado 20 de noviembre y como parte de la preparación de la celebración del Bicentenario de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, Mons. Pedro



Meurice Estiu, Arzobispo de esta sede, inauguró la exposición "Glorioso Bicentenario", preparada por el Lic. Antonio López de Queralta, director del Museo Arquidiocesano y un equipo de trabajo. Por todo lo que encierra y sobre todo dado el interés de algunos hermanos por conocer detalles de lo que se ha hecho, Iglesia en Marcha ha tomado como justificación el presente número especial para conversar con el director del Museo.

IM: *¿Por qué el Museo Arquidiocesano asume la realización de esta exposición sobre el bicentenario de la Arquidiócesis?*

Antonio López de Queralta: Esta es una exposición no solo de arte, sino de historia de la Iglesia. Si te fijas en el título: "Glorioso Bicentenario" verás que hace énfasis en una fecha histórica que es lo que se ha querido resaltar. Es una efeméride de gran importancia no sólo para nuestra Arquidiócesis sino para todo nuestro país, teniendo en cuenta que la Arquidiócesis de Santiago de

Cuba es la Iglesia madre de todas las iglesias de Cuba.

En el año 1520, los conquistadores españoles fundan el Obispado de Ntra. Sra. de la Asunción en Baracoa, pero al darse cuenta de lo apartado del lugar y al estar la capital del país en Santiago de Cuba, en el año 1522 se traslada el Obispado para esta ciudad, ubicándolo en la antigua ermita de Santa Catalina de Alejandría, que se encontraba situada en las calles que hoy son Aguilera y Padre Pico, donde se encuentra actualmente la Oficina del Historiador de la Ciudad. Años después se edifica la primera Catedral donde se encuentra hoy.

La exposición muestra arte e historia de la Iglesia en Cuba y queremos a través de esos exponentes* que la gente tenga un conoci-



Ermita de Santa Catalina

miento, lo más amplio posible de nuestra historia Arquidiocesana y cubana

* Exponente: Algo que se expone.

IM: *¿Entonces, qué es lo que prevalece, lo artístico o lo histórico?*

Antonio López de Queralta:

Todos los exponentes que se pueden ver en la exposición tienen arte e historia. Hago hincapié por ejemplo en el Báculo de Mons. Osés, en la Cruz Arzobispal que él regala, los cuadros de los Arzobispos, el crucifijo del Morro, que como el sagrario que allí aparece, proceden de la desaparecida capilla de la fortaleza del Morro; ante él oraron Perucho Figueredo, Carlos Manuel de Céspedes, y todos los prisioneros que estuvieron en ese lugar a partir de 1852 fecha en que ese crucifijo se expone al culto en aquella capilla, hasta el año 1898 cuando el gobierno interventor norteamericano la cierra y envía los objetos de culto a la Iglesia de Dolores; luego fueron llevados a Santa Lucía de donde los recuperamos para el Museo, con autorización del Señor Arzobispo. Está, además, el cuadro más antiguo que se conserva de la Sierva de Dios María Antonia París, el cáliz de Mons. Barnada, el breve pontificio de SS León XIII, nombrando a nuestra Catedral, Basílica Metropolitana, entre otros.

Tengo que mencionar también al Santo ECCE HOMMO, la pintura religiosa más anti-



Crucifijo del Morro



ECCE HOMMO



Cru-

que perteneció

cifijo

gua de Cuba, este Cristo atado a la columna es uno de los patronos de la ciudad de Santiago de Cuba

IM: *Entonces, desde el punto de vista de la museología, lo que nunca debería faltar a la hora de emprender el montaje de una exposición de este tipo, para celebrar algo tan puntual como estos doscientos años de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, es ...*

Antonio López de Queralta:

Historia. No debe faltar la historia. Si esa historia se puede combinar con el arte, mucho mejor. En el caso nuestro, Gracias a Dios, como ya he dicho, los exponentes que están a la vista, además de una carga histórica fuerte para nuestra Arquidiócesis, para nuestra ciudad e incluso para nuestra historia patria, tienen una carga artística.

IM: *Llama la atención el uso del espacio, un reto si tenemos en cuenta las dimensiones del local y el número de exponentes, especialmente en este caso en que se ha querido hacer una síntesis de doscientos años. Es notable también que existan otras cosas por exhibir que han quedado fuera. Hecho el comentario sobre la procedencia y variedad de la muestra, no se hace esperar una respuesta.*

Antonio López de Queralta:

Los fondos con que cuenta el Museo Arquidiocesano son valiosos y extensos. Para esta ocasión, se reunió una comisión que determinó cuales de estos se expondrían y, si bien es cierto que todo es perfectible, según la opinión de algunos especialistas, se ha tenido buen tino en la elección.

Salvo tres o cuatro excepciones, todo lo que ven forma parte de los fondos de nuestro museo. Entre las excepciones se encuentra una talla de Cristo crucificado que perteneció a Perucho Figueredo y que hoy se encuentra en la Iglesia de la Sagrada Familia, en Santiago de Cuba, de donde el P. Jorge Centelles, SJ, con mucha generosidad nos lo ha prestado. También está la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, que si bien pertenecía al Asilo San José, se encuentra hoy en la Capilla que lleva ese nombre en Santiago de Cuba. Tengo que decir que el Asilo San José, fue la primera casa de las Hnas. de los Ancianos Desamparados en ultramar, viviendo todavía su santa fundadora, Sta. Teresa Journet, de ahí la presencia de la imagen aquí.

IM: *Según he leído en un estudio sobre la estética, al menos en una etapa de la constante evolución del conocimiento humano, se asume que "las obras de arte son tan útiles como bellas". Sin embargo, es también común que sobre todo entre los inexpertos en la materia, se tome lo útil sólo, o fundamentalmente, desde el punto de vista material. ¿Podemos hablar en este caso, de utilidad "espiritual" de estas obras?*

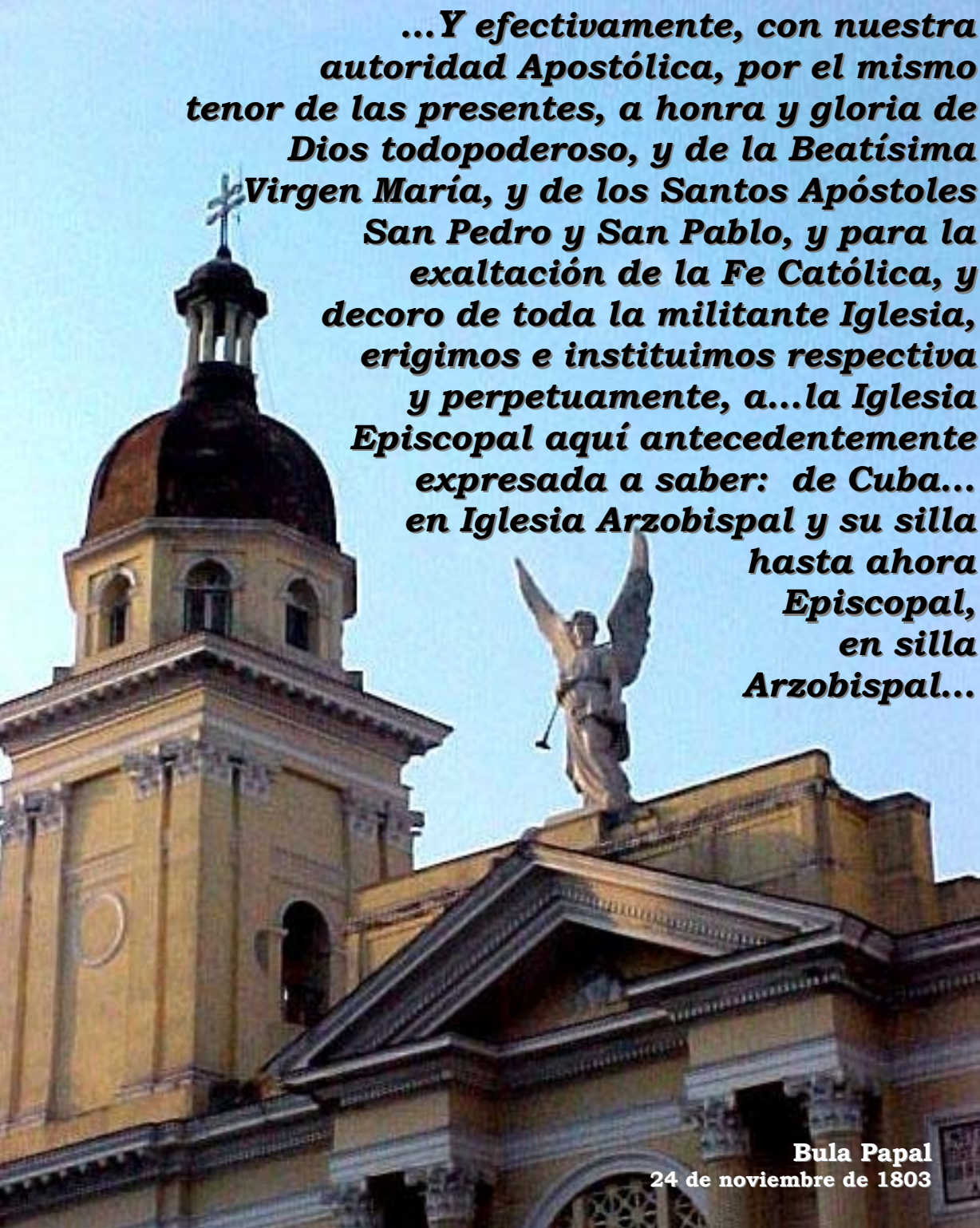
Antonio López de Queralta: Toda pieza de arte que se exhibe en un museo fue concebida, creada, tallada, esculpida, pintada, según sea el caso, para tener en su momento una utilidad. Un museo conserva, restau-

ra, exhibe obras de arte que por determinadas circunstancias ya no pueden estar in situ, o sea en el lugar para el que fueron creadas. En este caso por ejemplo, la imagen de la Virgen de los Desamparados que ya mencioné antes, fue realizada en Valencia y traída a Cuba para ser puesta en la capilla de las Hnas. de los Ancianos Desamparados, donde estuvo hasta el año 1961 cuando, por la situación política muy específica que todos conocemos, tuvo que ser sacada de su lugar y depositada en otro sitio. Hoy esa imagen sigue siendo útil ya que preside la procesión del día de su fiesta en la Iglesia de los Desamparados de esta ciudad. En eso tienes un ejemplo de una imagen que es útil, histórica, valiosa, y además hermosísima, a pesar de no estar en el lugar para el que fue creada.

IM: *Y eso sin dudas, como sucede con casi todos los exponentes, constituye un regalo para nuestro espíritu y para nuestros ojos, por muy profanos que sean en materia de arte.*

... Todos los que hemos estado metidos en este empeño de la celebración del Bicentenario, sabemos que ha sido muy fuerte el trabajo que se ha hecho. A mi entrevistado de hoy le queda la inquietud de que por desconocimiento o por otras muchas razones, no todos puedan apreciar lo que aquí se expone. De ahí estas palabras, antes de la despedida.

Antonio López de Queralta: Quisiera exhortar a los sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos y comunidades a promover la exposición. Estamos convencidos de que es una catequesis sobre la historia, como reza el título de la exposición, gloriosa, de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba.



***...Y efectivamente, con nuestra
autoridad Apostólica, por el mismo
tenor de las presentes, a honra y gloria de
Dios todopoderoso, y de la Beatísima
Virgen María, y de los Santos Apóstoles
San Pedro y San Pablo, y para la
exaltación de la Fe Católica, y
decoro de toda la militante Iglesia,
erigimos e instituimos respectiva
y perpetuamente, a...la Iglesia
Episcopal aquí antecedentemente
expresada a saber: de Cuba...
en Iglesia Arzobispal y su silla
hasta ahora
Episcopal,
en silla
Arzobispal...***

**Bula Papal
24 de noviembre de 1803**